

## Wallace Stegner: la vida es terrible y maravillosa

La literatura norteamericana encierra en su devenir un evidente problema de magnitudes, un conflicto de territorios, umbrales y voces, pues es tan vasta como el país que la nutre de historias. Sólo esa vastedad —y no cegueras ocasionales aunque perversas que aquejan al mundo editorial— puede explicar por qué motivo un autor de la talla de Wallace Stegner era hasta ahora un perfecto desconocido para nosotros. Porque debe ser dicho ya, sin temor a exagerar, que Stegner es un escritor formidable, un maestro en toda regla, y *En lugar seguro*, la novela que nos convoca, un libro en verdad extraordinario. Una circunstancia que, además, si se tiene en cuenta que esta obra fue publicada a la venerable edad de 78 años, convierte semejante demostración de talento y fuerza al final de una carrera literaria en una pista inmejorable para el lector que desee recorrer el aliento narrativo del escritor de Iowa.

Dos obras maestras han dialogado en mi recuerdo con este hermoso libro mientras lo leía. La primera, *Las palmeras salvajes*, con la que *En lugar seguro* comparte la vocación de reflexionar sobre el amor físico *durante y después* de la vida, pues la novela de Stegner posee un capital de emoción que no recordaba desde la lectura del célebre *stream of consciousness* con el que Harry Wilbourne clausura su presencia en el libro de William Faulkner y su ominosa relación con Carlota Rittenmeyer, en las imborrables páginas desde las que el

## X PRÓLOGO

futuro Premio Nobel de Literatura puso sobre la mesa su hoy canónica disyuntiva entre la pena y la nada. La segunda obra de genio que me ha asaltado durante la lectura de Stegner ha sido *Georgia*, una película de Arthur Penn dirigida en el año 1981 y cuyo título original era *Four Friends*, obra bastante desconocida entre el público español en comparación con títulos como *La jauría humana*, *Pequeño Gran Hombre* o *La noche se mueve*, pero que articula un brillantísimo retrato, tanto en clave sociológica como en sus aspectos más íntimos, acerca de la convulsa América que vivió la herida de Vietnam, la descarga psicodélica y la lucha por los derechos civiles.

*En lugar seguro* organiza su extenso material narrativo sobre una intuición del novelista Henry Brook Adams, autor de uno de los textos autobiográficos más brillantes que se hayan escrito, *La educación de Henry Adams*. El filosofema de Adams reza así: «El caos es la ley de la naturaleza; el orden es el sueño del hombre». Partiendo de esta evidencia, que recorre como un calambre existencial la peripecia completa del libro, Larry Morgan, narrador de la novela de Stegner, intentará hurtar al *terrible* caos natural el *maravilloso* orden de un sueño, contando para ello la vida de dos matrimonios unidos por el hilo de oro de la amistad. ¿Cómo satisfacer semejante reto? Mediante la literatura, ese don glorioso que, como se anuncia en un momento de *En lugar seguro*, es también, cuando se posee, «una obligación», un tributo a la posteridad, una suerte de penosa aunque gratificante condena ética.

Para hacer visible ese hilo de oro en el bastidor de la ficción, Stegner recurre a un procedimiento muy hábil, pues no sólo alimenta su escritura con lo vivido por Larry Morgan (allí donde el ojo del narrador, podríamos decir, estuvo presente), sino con lo contado a Larry Morgan o lo recordado ante Larry Morgan por terceros (y ahí descuella, por ejemplo, una de las escenas más bellas de la novela: la aparición de Sid Lang por vez primera en casa de su futura esposa, Charity) y, cómo no, con lo soñado, imaginado o vagamente deseado por el *alter ego* del escritor. Porque el material de la literatura es también el material de los sueños: vanos e inanes fantasmas, mundos posibles y paralelos, negaciones que cancelaron distintas estancias de la realidad. O, como

Stegner insinúa ya desde el exordio de su libro —tomado de un poema de Robert Frost, el poeta por antonomasia del naturalismo *à la* Thoreau—, el hombre, en este caso el escritor, puede que deba entregar en la última aduana las migajas de su cuerpo, pero la valija de «las cosas prohibidas», entre las que se encuentra, obviamente, el recuerdo de lo vivido, sólo a él, o al arte en el caso que nos ocupa, pertenecen.

Las motivaciones que vertebran y prestan sentido a la peripecia de los protagonistas de *En lugar seguro* —una pareja rica del Este y una pareja pobre del Oeste que conforman el variado tejido social de un país que con un ojo contempla su procedencia europea y con el otro se enorgullece de su pretendida singularidad— son de tres tipos: la esperanza política, entendida como el intento por transformar el mundo mediante la acción (conviene apuntar que la amistad de ambos matrimonios se forja durante los terribles años de la Depresión, época en que la lucha individual por sobrevivir entró en competencia con el deseo por reconstruir un *statu quo* más justo y duradero); la promesa de la belleza, entendida como la posibilidad de encontrar en el arte un recinto contra las inclemencias de la vida (el marco en el que discurre la acción de *En lugar seguro* es, básicamente, el del mundo académico universitario, con su habitual elenco de anhelos frustrados y genios *in pectore* que cultivan una musa a menudo insolente); y, por descontado, la evidencia de la amistad, asumida como el refugio donde enterrar las frustraciones derivadas de la política y las insuficiencias emanadas de la belleza. Pues no en vano, como Larry Morgan asegura en un momento de su relato con cierto resabio estoico: «La *amicitia* dura más que la *res publica* y, al menos, tanto como el *ars poetica*».

Mientras carezca de poeta, un sitio no es un sitio: nadando a espaldas, con un casco de jabalí en la cabeza y recitando alguno de los más de tres mil versos del épico *Beowulf*, un hijo de Apolo se interna en un lago de Norteamérica durante uno de los magníficos episodios de *En lugar seguro*. Larry Morgan, el narrador, es el poeta de todos los lugares por los que los cuatro amigos van desgranando su casi siempre morigerado dolor y las galas de su ocasional dicha. Su don, su obligación, la literatura, es el nutriente que permite absorber los

## XII PRÓLOGO

distintos espacios de ese continente inmenso — desde los desolados paisajes de Albuquerque en Nuevo México a las ricas, feraces y privilegiadas tierras de Nueva Inglaterra — por el que discurren los protagonistas, sin olvidar por descontado la excursión a Europa que, *mutatis mutandis*, de Henry James a Henry Miller, pasando por Gertrud Stein, John Dos Passos o Ernest Hemingway, todo escritor norteamericano parece tener que tributar al Viejo Mundo. En este caso, propiciatoriamente, el viaje de los cuatro amigos al ombligo del universo guiará sus pasos nada menos que hasta Florencia, ese lugar donde, un día, la humanidad conjugó uno de sus más dignos sueños: la salvación por la belleza, la verdad y el conocimiento.

Novela de la emoción y de la razón, intensa en el *qué* y admirable en el *cómo*, *En lugar seguro* termina con un lugar clásico en la narrativa universal, la reunión de un conjunto de personas en torno a una muerte anunciada, en este caso la de Charity Lang, principio vital y fuerza en ocasiones tiránica de la relación a cuatro establecida a lo largo de los más de cuarenta años que Larry Morgan alcanza a recordar, y cuyo adiós a la vida se convertirá en el revelador de privilegio que permitirá, como en un negativo fotográfico, que el novelista alcance a ver a los demás, y a sí mismo, en su justa y dramática dimensión.

Ahí, en esa escena final de la novela, grávida del encanto de los mejores textos de Chéjov, y donde la palabra *pathos* alcanza su medida exacta, una escena en la que cuatro personas que se han amado y se siguen amando descubren lo mejor y lo peor de cada cual, en ese frágil pero al tiempo indestructible sendero una y mil veces recorrido que llamamos amor, que llamamos ternura, que llamamos respeto, Stegner exprime sus esencias como escritor y logra que la trayectoria de esta terrible y maravillosa novela, que emula a la vida en lo que de cruel y fantástica tiene, concluya en lo más alto: como una triunfante, pura, memorable lección de literatura.

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN  
*Gijón, julio del 2008*